



Marga

Durá El prodigio de
las migas de pan



DESTINO

El prodigio de las migas de pan

Marga
Durá

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1550

© Margarita Durá Sebastián, 2021
Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary
& Film Agency, Barcelona, España

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
www.edestino.es

Primera edición: noviembre de 2021

ISBN: 978-84-233-6039-0
Depósito legal: B. 15.414-2021
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Black Print CPI
Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

I

El día en que mi hermano nació, el 28 de agosto de 1890, mi familia le declaró la guerra a mi madre. A partir de entonces, nada volvió a ser igual. Yo tenía nueve años.

Era jueves, mi día preferido, el único en el que mis primos y yo no teníamos clase con nuestra institutriz, la señorita Amalia. Después de comer me quedaba un rato en la habitación, leyendo o jugando con mi muñeca, hasta que, a la hora de la siesta, la masía se sumía en el sopor. En ese momento bajaba de puntillas por la escalera para evitar el crujir de la madera. Como conocía cada uno de los tablones como las teclas de mi piano, lograba sortear los más ruidosos. Una vez en la planta baja, me asomaba a la cocina para comprobar que no hubiera nadie, luego la cruzaba rápidamente y me escabullía por la puerta trasera.

Aquella tarde oí voces en la casa justo cuando estaba a punto de salir. Temí que mi prima Aurora hubiese descubierto que no estaba en mi habitación y le hubiera ido con el chisme a mi madre; era muy propio de ella. Me quedé inmóvil unos instantes y, cuando comprobé que nadie gritaba mi nombre, corrí ladera abajo rumbo a la playa. No quería llegar tarde.

Tal vez ese día tendría que haberme quedado en casa. El cielo plomizo presagiaba tormenta y sabía que, si regresaba empapada a la masía, se acabarían para siempre las escapadas.

En la playa me esperaba Tomás, el hijo de la tendera, sentado en nuestra roca. Me aproximé sigilosa por la espalda para sorprenderle, aunque no lo conseguí: se volvió cuando estaba a escasos metros de él. No sé cómo lo hacía, pero sus pequeños ojos siempre se movían veloces y registraban todo lo que pasaba a su alrededor, incluso lo que no veía.

Tomás era tres años mayor que yo y bastante más alto. Sin embargo, caminaba inclinado hacia delante, la cabeza gacha, los hombros caídos, arrastrando los pies como si la tierra lo estuviera engullendo.

—Pensaba que no vendrías. Va a llover —me dijo a modo de saludo.

—Igual lo hace más tarde y podemos navegar un rato.

Muchas tardes cogíamos la barca del tío de Tomás, que era pescador, y salíamos a navegar hasta que la orilla comenzaba a difuminarse detrás de nosotros. Entonces yo le pedía que me llevase mar adentro, pero él siempre me respondía que era peligroso y que debíamos regresar. Tomás nunca se aventuraba más allá de lo que conocía.

—Olvídalo, Claudia, mira cómo está el mar. Es una locura.

Y tenía razón. La alfombra plácida por la que normalmente nos deslizábamos se retorció sobre sí misma con saña. Aun así, yo me habría subido a la barca, pero sabía que mi amigo no iba a cambiar de opinión.

—¿Y si vamos a tu casa? —propuse, sin disimular mi fastidio.

Él asintió y enfilamos el camino hacia el pueblo, atravesando el barrio de pescadores, hasta llegar a la tienda de su madre.

Tomás y yo nos habíamos conocido medio año antes, cuando fui a hacer las compras para la merienda en la que se anunció el embarazo de mi madre. La celebración la

tuvo muy inquieta, porque para ella aquel anuncio carecía de sentido. Pero tía Angelines consideró que le serviría de pretexto para relacionarse con las esposas de los industriales que vivían en Barcelona y que venían a pasar el verano a nuestro pueblo. A mi madre, Sofia Sabatucci, que era italiana y estaba educada en otras costumbres, le molestaba que su cuñada mostrara su vientre como un trofeo. Desde su llegada, los Caralt habían esperado que les diese un heredero, porque mi nacimiento, el de una niña, no fue recibido con demasiado entusiasmo.

El día antes de la dichosa merienda, mi madre se dio cuenta de que había olvidado encargar los ingredientes para el pastel, y como no quería que nadie descubriera su descuido confió en mí para ir a comprarlos. Lo apunté todo en una lista y corrí hasta la tienda. Fue emocionante caminar sola con una misión secreta.

Una vez allí, percibí fascinada el olor que desprendía el colmado, una singular mezcla de azúcar y madera húmeda. Me quedé embobada mirando las estanterías con sus botes de diferentes tamaños, intentando adivinar el contenido de cada uno..., hasta que un chico, al otro lado del mostrador, me sacó de mi ensoñación.

—¿Qué desea?

—Ay, sí..., ¡perdona! Es que me encanta la tienda. Toma, aquí tienes la lista de lo que necesito.

Se la tendí para poder continuar curioseando, pero él no la cogió y frunció los labios con desdén.

—¿Qué pasa, que la señorita no puede decirme lo que quiere? ¿O es tan fina que prefiere no hablar conmigo?

Doña Gertrudis, su madre, debió de oír sus palabras y salió de la trastienda. Era alta y corpulenta, y sus pasos firmes retumbaron por el local.

—Disculpe, señorita Caralt, mi hijo no pretendía ser grosero, es que no sabe leer.

El rostro bronceado de Tomás reflejó la doble humillación: la de no saber leer y la de que su madre lo hubie-

ra puesto en evidencia. Yo, por mi parte, balbuceé avergonzada una disculpa y bajé la mirada.

Al día siguiente, Tomás trajo el pedido por la puerta de servicio.

—Lo siento mucho, no tenía ni idea de que... —me disculpé cabizbaja al verlo.

—Es normal. A mi edad debería saber leer, pero cerraron la escuela del pueblo y tenía que ayudar en la tienda —me interrumpió.

Ya no parecía enojado.

—Te podría enseñar —respondí sin pensar.

Él se encogió de hombros, dejó la compra y se marchó.

El jueves de aquella misma semana me escapé de casa por primera vez para dirigirme a la tienda. En el mostrador estaba la madre de Tomás, sentada en un taburete. Su cuerpo se desparramaba por el asiento cubriéndolo por completo. El moño apenas contenía sus rizos, que le colgaban desordenados por la cara. Me preguntó qué deseaba y yo le respondí:

—Me gustaría enseñar a su hijo a leer, si a usted le parece bien.

Sus ojillos se hicieron invisibles mientras soltaba una carcajada. No entendí a qué se debía. A medida que fui conociéndola comprendí que, para ella, reír era su forma de no dejarse vencer por la vida. Sin responderme, volvió la cabeza y gritó:

—¡Tomás, ven aquí, que hoy es tu día de suerte! ¡La señorita Caralt va a ayudarte para que dejes de ser un zoquete!

Una nueva risotada ahogó el sonido de los tímidos pasos de su hijo, que salió de la trastienda cabizbajo.

—No creí que hablaras en serio —murmuró.

—Yo siempre cumplo mis promesas —respondí, repitiendo una frase que mi madre solía decirme a menudo.

Así fue como empezó nuestra amistad.

Al principio, Tomás parecía un monolito de piedra,

aferrado al espacio que ocupaba, sin rebasarlo ni un centímetro por miedo a conocer el mío. Yo, en cambio, me movía con soltura por la trastienda, oteaba sus progresos por encima de su espalda e intentaba mirarlo a los ojos cuando le hablaba, aunque él enterrara los suyos en el papel. Aquel colmado fue mi refugio, lejos de las estrictas normas de mi familia.

Tomás se tomaba las clases muy en serio. Practicaba todos los días y progresaba con rapidez. Al cabo de tres meses me miró por primera vez a los ojos y me dijo:

—He pensado que, ya que tú me enseñas a leer, yo podría enseñarte a navegar en barca.

Ese día Tomás se convirtió en mi primer amigo de la infancia.